

El hotel Siete Suelos



El Hotel Siete Suelos (izquierda) y el Washington Irving, en la Alhambra.

UN curioso paraje granadino, tan transformado que no resulta fácil identificarlo. A la izquierda, la fonda y después hotel Siete Suelos, ante la Puerta de este nombre en la Alhambra. A la derecha, el Real Hotel Washington Irving —famoso por su modernidad y lujo en su momento—, junto a la puerta posterior del Carmen de los Mártires. Este escenario desapareció ya bien entrado nuestro siglo, cuando el primero de los hospedajes mencionados fue demolido, para dar vista a la Puerta de Siete Suelos, y después se ensanchó el paseo.

A medida que había ido discurriendo el siglo XIX, consolidándose la atracción universal de Granada en el incipiente panorama viajero de la época, la capacidad hotelera de la ciudad mejoró poco a poco. En 1850, Lafuente Alcántara ya citaba una fonda en la Alhambra, la de San Francisco, entre las más preparadas y concurridas. Poco tiempo más tarde se levantó ésta que vemos en la vieja fotografía, la fonda de Siete Suelos, «de gran tramoya en la historia del turismo granadino», según escribió Marino Antequera. En 1870 sabemos que ya existía, porque aquel mes de junio se hospedaba en ella el gran pintor Mariano Fortuny, quien repartió los casi dos años de su estancia en Granada entre este lugar y una casa que alquiló en el Realejo. Fortuny trabajó intensamente aquel tiempo, no solo pintando rincones de la Alhambra y otros escenarios pintorescos, sino también damasquinando armas como si reviviera en él la pericia de los viejos espaderos del pasado o buscando para sus cerámi-

cas el lejano secreto de los maestros de la corte musulmana. En 1871, en Granada, le naciera a Fortuny su único hijo varón, que sería famoso como escenógrafo y creador de tejidos en su taller veneciano, como grabador de temas wagnerianos y —casi lo citaba Marcel Proust— como el autor de los vestidos que marcaron la moda en el primer tercio del siglo actual. En la fachada del hotel Siete Suelos, una lápida recordaba la estancia de Fortuny, y la del también gran pintor francés Regnault, que le había acompañado brevemente.

Por su parte, el Real Hotel Washington Irving, ya surgió dotado de mejoras considerables. Se levantaba sobre lo que, hasta comienzos del siglo pasado, había sido conocido generalmente por los granadinos con el nombre de «Las Ventillas», lugar de establecimientos de bebidas y mesones de poca monta. En la época de la fotografía que reproducimos, el Real Hotel Washington Irving se anunciaba así: «Deliciosa situación en el parque de la Alhambra. Confort moderno. Encantadores jardines. Punto de reunión de las más distinguidas familias. Conciertos». Se llamaba la atención sobre esta sorprendente novedad: «Único hotel con instalación de agua corriente, fría y caliente, en todas las habitaciones». El Washington, «abierto todo el año», recordaba también que disponía de un «amplio garaje para el servicio de los señores viajeros».

A la luz clara del viejo cliché, podemos ver aún este enclave granadino tal como lo conocieron los primeros viajeros de nuestro siglo. ■